

Sociologias

Sociologias

ISSN: 1517-4522

revsoc@ufrgs.br

Universidade Federal do Rio Grande do Sul
Brasil

Pegoraro, Juan S.

Notas sobre los jóvenes portadores de la violencia juvenil en el marco de las sociedades pos-industriales

Sociologias, vol. 4, núm. 8, julio-diciembre, 2002, pp. 276-317

Universidade Federal do Rio Grande do Sul
Porto Alegre, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86819566012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Notas sobre los jóvenes portadores de la violencia juvenil en el marco de las sociedades pos-industriales

JUAN S. PEGORARO*

Las grandes ciudades modernas, Nueva York, París, Londres, esconden tras sus magníficos edificios hogares de miseria que albergan niños mal nutridos, sin higiene, sin escuela, semillero de futuros delincuentes. La sociedad trata de corregir ese mal, pero el éxito de sus esfuerzos es muy limitado. Sólo un futuro próximo podrían ser reivindicados los derechos del niño y del adolescente para que sean útiles a la sociedad. México, la gran ciudad moderna no es excepción a esta regla universal, por eso esta película basada en hechos de la vida real no es optimista y deja la solución del problema a las fuerzas progresistas de la sociedad' (Luis Buñuel: en la presentación en off de la película "Los Olvidados". México, 1950).

La creciente violencia delictiva en la década de los 90 en América Latina es un fenómeno social sobre el cual no es necesario aportar mayores datos cuantitativos. Tampoco parece necesario enfatizar por lo evidente que resulta, que ha sido "acompañada" en toda la región por un crecimiento de la desigualdad social, con un aumento de los niveles de desocupación y exclusión social, un significativo crecimiento de la "privación relativa" (Merton, 1974) y por un altísimo nivel de la corrupción en la gestión pública. Como no podía ser de otro modo la violencia delictiva – robo, asalto,

*Master en Sociología FLACSO-México. Profesor Titular en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires; Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Gino Germani; Director de *Delito y Sociedad: Revista de Ciencias Sociales* (1992-2002).

secuestro, etc. – (me voy a referir a este tipo de violencia que genera inseguridad física, dejando entre paréntesis la social) ha creado una fuerte sensación de inseguridad ciudadana a la que los sucesivos gobiernos responden con la inflación de la legislación penal y con el aumento de otras formas represivas. Resultado: espiral de violencia, aumento de los niveles del delito común violento, aumento de la represión ilegal, involucramiento de instituciones estatales en actividades ilegales (tráfico de drogas, robo y desguace de automotores, manejo de la prostitución, contrabando y tráfico de armas, etc.) crecimiento exponencial de la población carcelaria, expansión de las formas ilegales de supervivencia, y aumento de la participación de jóvenes en la violencia delictiva. La inseguridad social y económica acompaña esta violencia física y forma parte del mismo modelo de orden social.

La violencia juvenil como fenómeno social

En particular, la violencia juvenil ha adquirido en las últimas décadas una cierta “autonomía” y visibilidad creciente, “ayudado” por un modelo de apropiación y distribución regresiva de bienes y servicios que ha victimizado a amplios sectores de esta franja etaria, en especial a los de bajos recursos, expulsándolos del ámbito escolar y del trabajo, sumiéndolos en la degradación y la miseria, produciendo una inequidad social mayor y más amplia que hace unas décadas atrás.

Como un ejemplo generalizable a todo el país, veamos algunos datos cuantitativos: Conforme a datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) del año 2001, en apenas un año, en la Capital y el Gran Buenos Aires, se sumaron 140.000 menores de 18 años a los 1.680.000 que ya vivían en hogares pobres, en mayo de 2000. Así, sobre 3.760.000 jóvenes y adolescentes, 1.820.000, el 48,4% - *viven en una familia que no tiene los ingresos suficientes para comprar una canasta básica de alimentos y servicios*. En mayo de 2000, la pobreza entre los menores era del 45%.

El INDEC considera que *son pobres* los niños y jóvenes cuyos padres no disponen de entre 50 y 120 pesos por mes para comprarles alimentos y otros bienes básicos. Y una familia - matrimonio y 2 hijos - es pobre cuando los ingresos son inferiores a los 470 pesos por mes.

Si se proyectan los datos a todo el país, *el 56% de los menores de 18 años - casi 7 millones - pertenece a familias pobres*. En mayo de 2000, esa situación estaba el 49% y en octubre el 53%.

En la capital la pobreza entre los niños y jóvenes es del 20%, pero trepa al 55% en el conurbano bonaerense. Y supera el 60% en el llamado segundo cordón del Gran Buenos Aires.

Quadro 1. Hechos delictuosos totales que involucren jóvenes, según jurisdicción (sin discriminación de grupos de edad)

	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997
Total del país	47651	52808	57024	54532	64143	76047	86967
Cap. Federal	493	605	937	1019	5320	8055	6368
Pcia. Bs As	14720	17466	17374	20571	18609	21018	29373

Fuente: Ministerio de Justicia

La política económica instrumentada desde 1976 con la dictadura militar en Argentina, y en particular a partir de las políticas neoliberales en la década de los 90, ha transformado y también construido a una considerable cantidad de jóvenes como sujetos con una frágil identidad por su no pertenencia a espacio sociales o identidades "positivas", como ser estudiante o trabajador. Este es el contexto real en el quiero situar y analizar algunas características de esta violencia juvenil como un producto o, por lo menos, un síntoma del orden social actual más que como una patología personal, generacional o epocal (W.Ch.Mills, 1942; 2000).

La voz de "los jóvenes portadores de la violencia juvenil" a manera de "chispazos" introduce en este trabajo otro contexto que permite acercarnos a esta realidad sociológica incrustada en el "orden social"; esta realidad de los jóvenes es parte indisoluble del orden social en nuestra sociedad.

- es de tu barrio el pibe?

*J- si me conoce de chiquito, conoce a toda la familia...
teníamos una chapa de diputados que poníamos al
auto íbamos por todos lados y el pibe entregaba el
laburo. cargaba tres jandi y una chapa y andábamos
por todos lados... hacíamos lo que queríamos... después
nos re-peleamos todos... con este pibe no le di más
cabida, un amigo me dijo que éste por más que sea lo
que sea mándalo a la mierda... nos re-peleamos, sino
le importaba nada, el porque tenía eso se juntaba, el
laburaba, tenía muchos contactos*

- y los pibes de este barrio?

*J- a estos les escuchas hablar así... en la cara, no pasa
nada*

- no son tan malos, me querés decir?

J- sí, pero andan con giladas

- estos ultimos que encontramos en la esquina?

*J- Éstos no, el otro, el Ñoqui... robaron tres, cuatro bicis
y se creen que son re-chorros¹*

Una parte de ellos se supone que se comportan de acuerdo a las normas generales de la sociedad, y otros mezclan comportamientos aceptables y otros reprochables, tantos ilegales como “incivilizados” (Marcus, 1997). La caracterización de tales comportamientos es realizada desde una postura que los mira con algo de asombro o sorpresa, como “los otros”, sin considerar el proceso social que ha constituido a esos “otros”. Algunos de ellos, que en su mayoría son las “voces” que transcribimos, son como un progresivo estereotipo que amenaza generalizarse aún más y que alimenta discursos más y más represivos.

¹ Pegoraro, J y Tonkonoff, S. *Los jóvenes de la esquina: una aproximación cualitativa*. (Inédito) Bs.As. 2000. Para este estudio exploratorio cualitativo, Sergio Tonkonoff entrevistó en varias oportunidades a 22 jóvenes (17 varones y 5 mujeres) en esquinas y lugares de barrios de La Matanza, (municipio del conurbano de Buenos Aires) y un grupo de 15 estudiantes (varones y mujeres) en una escuela del mismo municipio. Los motivos de la elección de una estrategia cualitativa de investigación se hayan relacionados con: a) la necesidad de oír la voz de jóvenes con respecto a su vida cotidiana; b) la necesidad de integrar información sobre las estrategias desarrolladas por los jóvenes de los sectores populares urbanos para su reproducción. c) las dificultades impuestas por la naturaleza de la materia a estudiar, para la realización de un abordaje estadístico del tema. d) el interés por testimoniar la realidad de estos jóvenes, tal como ellos la perciben y relatan.

Por otra parte, al fracaso de las instituciones de la modernidad para lograr la armonía humana se suma que, en muchas ocasiones, son las mismas instituciones las que participan de la violencia que reprime el ejercicio de los derechos ciudadanos. Esta paradoja, en la que sobresale su sistema penal (Poder Policial, Poder Judicial y Poder Penitenciario) es de particular presencia en lo que se denomina la forma de enfrentar a la *violencia juvenil*. La llamada violencia juvenil actual puede ser vista como una de las estrategias de reproducción o de sobrevivencia de estos sectores excluidos en términos educativos y laborales, o sea, de la existencia que se supone que otorga identidad a los jóvenes.

X- te vas para allá... venís hoy para acá? y los pibes está el Ñoqui allá que está?... el Correntino?...

J- que van 400 y querés que vaya con ustedes

N- Che, Javi porque no te quedás y después vamos...

J- porque no (comenzamos a alejarnos y dice dirigiéndose a mí) este quiere que vaya a laburar con 45

-no quermés ir a laburar de a muchos vos?

J- sí, pero ellos van con muchos, a mí no me gusta andar con muchos, además sabés lo que pasa...ponen la gorra ahí de toque

-vos que decís que no conviene ir con armas tan grandes?

J- sí pero yo...dos nada más. Van 35 en un auto

M- van a llegar a la ruta y los van a parar (Pegoraro-Tonkonoff, 2000).

Para la supervivencia y reproducción estos sectores utilizan formas, tanto legales como ilegales (Tonkonoff, 1998), tendientes a satisfacer sus demandas de vivienda, de alimentación, de ropas, de otros consumos determinados social y culturalmente por el grupo de referencia. Pertenecen a un sector cada vez más numeroso de jóvenes que no están incluidos en el proyecto de sociedad más que como una imagen especular distorsionada y amenazante; amenazante hacia los otros incluidos, pero también mostrando un "destino" que puede atraparlos.

Los estudios sobre la violencia juvenil

La “violencia juvenil” se define como un fenómeno cultural e histórico; en el imaginario colectivo de joven-pobre-desocupado-violento se efectivizan en un espacio-tiempo múltiple y se instauran con razones justificadoras, desde la prescripción de estigmas hasta la exclusión simbólica y física (Pegoraro, 2000). La “guetificación” de los grupos de jóvenes deviene de tales prescripciones que les otorga una identidad que se reproduce en el espacio guetificado aunque hacen periódicas o frecuente incursiones fuera de él (Wacquant, 2000).

J- te vas para la ruta?

sí, vamos

J- sí. Antes acompañame que voy a buscar un caño.

(caminamos algunas cuadras y nos encontramos con un grupo de cinco jóvenes del barrio. Entre ellos estaba Ñoqui (26 años). Luego de saludarse, conversaron entre ellos:)

J- estás lastimado?

N- no, tengo esto y me duele mucho

J- por qué no vas al hospital?

N- no, estoy amargado, sabes lo que es boludo? no me fisuré nada... me dieron una piña y me sacudieron todo

J- quién?

N- mi tío el Santiago

J- cuándo?

N- la semana pasada

J- y ahí te dio?

S- tiene un metro ochenta, calza cuarenta y cinco, me mató.

J- te pegó una piña... una patada entonces?

N- le rompí toda la cara, le dejé la nariz así, todo chocolate, mal... vamos?

J- de vuelta. la otra vez también se pelearon, te acordás?
(Pegoraro-Tonkonoff, ob.cit).

Tradicionalmente, la violencia juvenil ha sido identificada con el surgimiento y la existencia de *bandas, o tribus, o pandillas*; recordemos la conceptualización de Frederick Thrasher en la década de los 20s. en EEUU:

La banda es un grupo intersticial que en origen se ha formado espontáneamente y después se ha integrado a través del conflicto. Está caracterizado por los siguientes tipos de comportamientos: encuentros cara a cara, batallas, movimiento a través del espacio como si fuese una unidad, conflictos y planificación. El resultado de este comportamiento colectivo en el desarrollo de una tradición, una estructura interna irreflexiva, esprit de corps, solidaridad moral, conciencia de grupo y vínculo a un territorio local.

Reparemos que esta definición enfatiza que la banda es “intersticial” lo que da una idea de singularidad, que se forma “espontáneamente” lo que da una idea de voluntad libre de asociarse a ella, y que se “integra a través del conflicto” con otras bandas.

Si no traigo algo, de acá voy a volar. No quiero volver a robar. Pero no se donde meterme. El mundo se divide en chorros, anti-chorros y azotados. A los chorros todo el mundo los conoce. Los anti-chorros son los ortiva², los que le roban al que acaba de robar. Yo estoy en contra de los que aprietan parejitas, y de los transas, y los violines³. Y los azotados son las personas normales que trabajan todo el día para darle de comer a los hijos (Rojas, 2000, p. 85).

La Escuela Ecológica de Chicago desarrolló importantes investigaciones alrededor de la idea de “zonas” urbanas de desorganización social, *la anomia* moral en ciertas “regiones morales”, y desprendiéndose de los enfoques moralizantes o psicomédicos sobre el contexto social que enfatizaron las investigaciones de cuño positivista. Pero estos trabajos identificaban la existencia de las bandas en espacios intersticiales de la sociedad y además,

2 “Ortiva” por “dortiva”, “batidor” al revés o al vesre: confidente o informante de la policía.

3 “Violines” lo usan para disfrazar (¿) la palabra “violador”.

como expresara la definición de Thrasher, enumeraba sus características basadas en una franja etaria, la solidaridad interna, un territorio que habitaban, un conflicto con otras bandas, una cierta tradición o historia; estas identificaciones han perdido fuerza en la realidad actual de nuestro país porque la exclusión social y el desempleo ha producido un individualismo desenfrenado; transformando su hábitat, permite la presencia de edades dispares en las acciones violentas, generalmente vinculadas al delito y más que algunas acciones violentas entre bandas; ahora es la presencia de la victimización delictual con fines de robo y a manera de sobrevivencia, como parte de tal sobrevivencia. Quiero decir que son muy pocos los que son delincuentes profesionales y gran parte de esta violencia delictual se produce en términos de sobrevivencia personal. Patricia Rojas ha publicado recientemente una serie de historias de vida, motivada en buena parte por las ideas de Alonso Salazar (1991), que cita:

Cuando los protagonistas de la violencia urbana son tan jóvenes, el sentido de las balas no es uno sólo; él creía que cuanto antes había que hablar de los jóvenes que viven de robar en Argentina. Había oído de ellos, pero no había escuchado a ninguno de ellos. Y así me aseguró es imposible entender nada.

...algunos roban para comer, pero otros no sé porqué, robaban porque sí... (Rojas, 2000, p. 131).

...al principio creo que robar es una manera de caerles bien a los demás. Se dice: el que roba tiene huevos. Después se convierte en una forma de vida. De ser. El robo es parte de la calle. También influye que en cinco minutos de robo te ganás lo mismo que en un mes laburando legalmente (Rojas, p. 97).

La violencia juvenil en nuestra sociedad contiene una diferencia que es necesario subrayar que la distingue de aquella estudiada por cientistas que pusieron su foco de análisis en las características de las "bandas" y en general

identificando grupos de jóvenes violentos ligados a estilos de vida (Fernandez Villanueva, 1998), a ideologías ultraderechistas, y también a las llamadas "tribus urbanas"⁴. Algunos de ellos han puesto de manifiesto las relaciones con organizaciones cuya composición, intereses y poder real son desconocidos. Por el contrario, la violencia juvenil que tratamos de mostrar y explicar participa de manera parcial o lejanamente de las características de las bandas o de las pandillas o de las tribus urbanas. Siguiendo a Feixa (1999), podemos decir que ellas tienen a) un lenguaje con expresiones orales tomadas de otros mundos culturales y que son en general eclécticas; b) una música, la audición y producción musical es importante en los grupos o bandas de jóvenes que les marca o alrededor de la cual constituyen una identidad; c) una estética, que los identifica visiblemente por algún elemento visible, (corte de pelo, ropa, atuendos, accesorios, etc.; d) producciones culturales como música, poesías, revistas, pinturas, que tienen una función interna de reafirmar al grupo y también promover el diálogo con otros grupos, y d) actividades focales, algunas de carácter ritual y tendientes a ocupar el espacio del ocio, como partidos de football, la fumata de marihuana.

Quadro 2. Menores asistidos (en el ámbito judicial), víctimas e infractores a la ley penal en Pcia de Buenos Aires

Año	Menores Asistidos	Víctimas de Delitos	Autores de Ilícitos
1990	24.737	9.699	17.678
1991	24.870	10.328	16.232
1992	26.873	12.290	18.315
1993	29.913	13.100	20.634
1994	34.578	14.408	22.738
1995	34.323	13.576	21.635
1996	36.945	15.331	23.555
1997	40.522	18.896	25.945
1998	43.347	20.439	26.827

Fuente: El Poder Judicial en Cifras. 2000

⁴ Fernandez Villanueva, Concepción (Ed). *Jóvenes Violentos. Causas psicológicas de la violencia en grupo*. Icaria, Barcelona, 1998.

Pero estos grupos o bandas también presentes en nuestra sociedad tienen una menor relación a la violencia que los “jóvenes de la esquina”⁵, ya que estos son caracterizados por actuar cotidianamente de manera delictiva y violenta hacia los otros integrantes de la sociedad y no por enfrentamientos entre bandas rivales; sus diferencias si bien pueden ser por aspectos culturales, o históricos, o tradicionales, o étnicos, estos grupos se acercan más a prácticas más o menos organizadas para delinquir con motivaciones utilitarias o lucrativos.

T- hasta la semana pasada yo tenía un caño pero lo perdió el otro pibe, ahora está en la comisaría

- el pibe o el caño, está en la comisaría?

T- no no está, pero lo perdió, salió corriendo, empezó a cortar de casa en casa

- y a vos te retuvo la policía los documentos? qué vas a hacer?

*T- no, si lo tengo que llamar mañana a Miguel (**un abogado**). Me tengo que ir a Paraguay y sin los documentos no voy, si me tiene que salvar*

N-...en groso pasaba, sabés que Miguel me hizo conocer un chabón... pasaba merca (cocaína) pero de a bocha. El chabón se encargaba de ponerlo dentro del auto, después lo hacía pasar a otro, según me contaba el pibe... (Pegoraro-Tonkonoff, 2000)

Por ejemplo compárese la entrevista anterior con la propuesta de investigación de unos autores españoles;

...la neotribalización de los jóvenes respondía a un fenómeno de hondo calado. Se presentaba como una respuesta, social y simbólica, frente a la excesiva racionalidad burocrática de la vida actual, al aislamiento individualista a que nos someten las grandes ciudades, y a la frialdad de una sociedad extremadamente com-

⁵ Los denomino «jóvenes de la esquina» al solo efecto de diferenciarlos de los otros.

Sociologías, Porto Alegre, ano 4, nº 8, jul/dez 2002, p. 276-317

petitiva. Adolescentes y jóvenes solían ver en las tribus la posibilidad de encontrar una nueva vía de expresión, un modo de alejarse de la normalidad que no les satisface y ante todo la ocasión de intensificar sus vivencias personales, y encontrar un núcleo gratificante de afectividad. Se trataba, desde muchos puntos de vista, de una especie de cobijo emotivo por oposición a la intemperie urbana contemporánea, que paradójicamente, los llevaba a la calle.

Decíamos que la generalización de conductas violentas de la fracción de los jóvenes que estudiamos y que nos interesa sobremanera por su magnitud cuantitativa hace poco aplicable las teorías que trataban de identificar, describir y hacer inteligible el comportamiento violento juvenil como ligado a la pertenencia a bandas (*"street corner"*, por ej.). No es que no existen en la actualidad en nuestro país, pero no es un concepto suficientemente explicativo de ésta realidad más construida por determinaciones estructurales, como es la exclusión social, que la elección entre otras de una forma de vida en busca de una identidad cultural, como serían las "bandas" juveniles; me refiero a grupos ligados a prácticas ilegales, en especial el robo, que incluye como aspecto saliente la contingencia, la espontaneidad, en suma la desprofesionalización de las prácticas delictivas.

Los límites de la "respuesta" del sistema penal

Un supuesto básico para analizar la violencia juvenil es el papel del sistema penal, luego de tantos años de aplicarlo con altos niveles de violencia - como la duplicación de la población carcelaria en esta década -, es reconocer sus límites. De manera muy enfática puede advertirse su fracaso en cuanto la ley penal (y su función preventiva) está neutralizada por una realidad social compuesta de desigualdades crecientes y de morales débiles

6 Costa, Pere-Oriol; J. M. Pérez Tornero y Fabio Tropea, *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona: Paidós, 1997.

y también porque la amenaza de los castigos y su aplicación no alcanzan para evitar las demandas compulsivas al consumo de la sociedad de mercado (Pegoraro, 1998). La posibilidad de la expiación (Durkheim, 1999) es cada vez más irreal en una sociedad de estas características y queda sólo como límite el cálculo de la ventaja personal a alcanzar y el temor de ser alcanzado por la represión o castigo y no la moral social.

Seis meses después que Walter saliera del hogar, los directores le invitaron a festejar su cumpleaños... el Psicólogo le contó que Juan, otro de los internados que egresó casi al mismo tiempo que Walter, consiguió trabajo:

- *si, le va excelente. le va muy bien, dice Oscar*
- *ah sí? responde Walter*
- *sí, vende latitas en los trenes. Y le va muy pero muy bien.*
- *ah.*
Walter se queda callado. Al rato, le pregunta a Oscar
dónde puede hacerse el examen del VIH (Rojas, 2000,
p. 154).

Es justo reconocer que el sistema penal (y sus subsistemas policial-judicial y penitenciario) no puede reducir los índices de violencia social que genera el sistema (exclusión, desempleo, desigualdad, etc.) porque no ha sido creado para ello (Pegoraro, 1998; 1999). Por otra parte, el sistema penal tampoco puede resolver los casos “políticos”⁷, aquellos casos que trascienden aspectos “comunes”, como ser los problemas delictivos inherentes al ejercicio del poder o poderes. Recordemos cuando Bobbio (1985) se refiere a los “poderes ocultos” o paralelos y que conviven con las instituciones democráticas, contaminándolas de comportamientos ilegales. Y, frente a la *delincuencia organizada*, el sistema penal también se presenta con una consistente debilidad, originada no sólo en su debilidad política, sino también en cuestiones complejas como la dificultad de su encuadre

⁷ Como el asesinato de José Luis Cabezas, la masacre de la AMIA, la voladura de la Embajada de Israel, la mafia del oro, el tráfico de armas, el lavado de dinero, la voladura de Río Tercero entre otros cientos de casos en los últimos años.

legal ya que la economía legal y la economía ilegal no tienen límites muy precisos (Zaffaroni, 1995; Arlachi, 1982; Pegoraro, 2002). Además siendo la delincuencia una construcción social, que se manifiesta en las representaciones simbólicas o imaginarias de cada persona, el papel principal se reserva para la delincuencia común (Guemureman, 1999)⁸.

Convergamos que el comportamiento humano, si bien tiene como referencia una norma legal prohibitiva, la motivación de la conducta depende más de otras dimensiones, como ser la promoción de objetivos personales, las metas sociales, la facilitación o el acceso a medios para tales metas, las interacciones sociales y demás lazos que hacen posible la vida en sociedad (de Sousa Santos, B., 1992).

*P...-que van a hacer hoy?
·me voy a laburar
·con quién vas?
·con el surdito
· los dos solos mano a mano?
·yo y vos boludo
·nosotros tres vamos
·no porque yo iba a ir con él...
·me pasan a buscar por allá
·que yo quiero hacer unos pesos boludo, tengo que traer dos autos
·yo me traigo uno de toque
·"y llegó el amor" (canta)
-que estás escuchando?
(Pegoraro-Tonkonoff, 2000)*

El sistema penal tampoco tiene capacidad de lograr la integración social porque no puede, por sí solo, fijar las metas sociales y generar

⁸ Es interesante que las representaciones «oficiales» de la delincuencia estén internalizadas en estudiantes de sociología o ciencia política. En encuestas, realizadas todos los años por la Cátedra Delito y sociedad: Sociología del Sistema Penal en la Carrera de Sociología, un 80 % de los estudiantes al describir su representación del delito lo refieren a robos, homicidios y violaciones aunque estos dos últimos tengan una escasa frecuencia en comparación con otros. Silvia Guemureman: «Las representaciones del delito», en «Materiales de la Cátedra Delito y Sociedad». Facultad de Ciencias Sociales-UBA, Buenos Aires, 1999.

motivaciones que hagan a las personas más probas y más piadosas o más solidarias. La integración social tiene formas no homogéneas y está generada por el sistema económico-social-político que en el capitalismo produce riquezas, como un arsenal de mercancías y bienes y al mismo tiempo exclusión, miseria, desigualdad, degradación social y ruptura de los lazos de solidaridad y de los vínculos no mercantiles. Además, la crisis del Welfare State de finales de los 70s y la aplicación de políticas económicas neoliberales ha producido el quiebre del *control social informal* que realizaban la familia, la escuela, los clubes de barrio, la iglesia, las bibliotecas vecinales, instituciones que tenían una fuerte capacidad de socialización de los individuos alrededor de valores tales como la solidaridad, la piedad, la honestidad y el trabajo.

Esta práctica del “Caño” es llevada delante en forma discontinua y no planificada. Se trata de cubrir una “necesidad” del momento: “La mayoría de las cosas salen así: que no hay plata, nada. Entonces decimos: ‘vamo ´a salí, vamo ´a salí, y salimos. Y traemo cualquier cosa’”- comenta un joven entrevistado⁹.

En el marco del Welfare, las políticas de seguridad tenían como eje y como *resultado* la “prevención del delito” por medio de las formas de socialización en la época de la “afiliación salarial” (Castel, 1997) que confinaban al delito común (en especial el violento) a una actividad más bien marginal; pero este “orden” fue puesto en crisis por el nuevo orden mundial liderado por el capitalismo financiero (Chomsky, 1999).

Como sabemos el sistema penal (como herramienta de la política penal) tendría como objetivo intimidar o disuadir a los posibles delincuentes y afirmar, por medio de la pena, “la conciencia social de la norma”, la confianza en la norma apelando a la racionalidad de los individuos; por lo tanto, toda política de prevención se basa en la creencia de que los

⁹ Tonkonoff, Sergio. “Meter caño: jóvenes populares urbanos: entre la exclusión y el delito”. En Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales”. Nº 15/16, Bs. As., 2001.

individuos comparten los mismos valores y que sólo algunos desviados pueden cometer actos contrarios a la ley. Pero, tal racionalidad legal o lógica de la acción “comparte” con otras racionalidades la vida social, como por ejemplo la lógica de la necesidad impuesta en gran medida por el propio modelo de orden social. Ahora bien, las políticas de prevención del delito se encuentran ahora ante la presencia masiva de los *inútiles para el mundo*¹⁰, o sea, individuos que no pueden socializarse-integrarse porque no tienen cabida en la sociedad de mercado en la que se requiere para entrar un cierto capital cultural previo.

Por otra parte, la degradación social también ha producido la *desprofesionalización* de la delincuencia¹¹. En efecto, las características de los hechos delictivos que describen los medios periodísticos muestran que son producto de personas que “salen de raid”, sin plan alguno (la policía los denomina “al voleo”) y sin preparar su delito, *cazadores y recolectores* urbanos se podría decir, *desesperados sociales* (Pegoraro, 1999) y, por lo tanto, la mayoría de ellos utiliza la violencia como sustitutiva de su falta de profesionalidad, produciendo un efecto y consecuencias que, lógicamente, producen más víctimas y aumentan de la sensación de inseguridad.

-*qué van a hacer ahora?*
ahora voy a meter cañete
se va a poner en pedo
este no labura sinó es de 5000 para arriba
-escucháme 5000 para arriba...
-cuando estás en pedo no podes traer ni 50 centavos
-no es más lindo, te da más coraje
-pasa que salimos más motivados

10 Castel Robert. *Las metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires 1997. Dice Castel que...*la actual cuestión social consistiría hoy en día, de nuevo, en la existencia de “inútiles para el mundo”, supernumerarios y alrededor de ellos una nebulosa de situaciones signadas por la precariedad y la incertidumbre del mañana, que atestiguar el nuevo crecimiento de la vulnerabilidad de masas* (p. 465).

11 Un entrevistado en la cárcel dice: *los delitos violentos son obra de nuevos «chorros» (ladrones) sin cultura de chorros, de jóvenes «barderos»*. C. Alarcón, en *Diario*, mayo 2 de 1999, p. 12.

·no coraje yo pienso que tenís en pedo sano como estés...

·yo salgo re-careta

·lo que pasa tenís que estar...entendés?

·tenés que estar tenso no?

·no, por ejemplo yo ahora me cruzo un gil, yo tengo tres giles que quiero matar...(Pegoraro-Tonkonoff, 2000)

Los jóvenes “en riesgo”

En la historia de las sociedades humanas, el ser joven no ha significado lo mismo (Platón; Lévi-Strauss, 1971; M. Mead, 1985; P. Ariès, 1973) y, por lo tanto, la condición de joven no es la misma en estas sociedades pos-modernas, que en las sociedades pre-modernas, y aún en las sociedades industriales. En este sentido, Carlés Feixa¹² presenta una distinción acorde con una periodización histórica y se refiere a los púberes, efebos, mozos, muchachos, y jóvenes en esta sociedad pos-industrial. Por ejemplo, si en la sociedad industrial del Siglo XIX, la construcción del joven se producía como una condición social (que le daba el mundo del trabajo o de la educación) que atravesaba a las diversas clases sociales y con una imagen cultural diferenciada acorde con los cambios que se producían en la familia, en la escuela, el ejército, el mundo del trabajo (Castel, 1995; C. Feixa, 1998), en los inicios de la segunda posguerra y en pleno auge de “los años dorados” (Hobsbawm, 1995) y el auge del Welfare, el problema de la violencia juvenil hace su aparición como un actor en la vida pública e involucra una nueva definición de joven ligada a expresiones de despolitización, escepticismo, consumismo (“Rebelde sin causa”). Ya asistíamos a los inicios de una sociedad que, al limitar su capacidad integradora (que fuera patrimonio del modelo de sociedad industrial fordista), fue produciendo una crisis social y cultural, una de cuyas expresiones son las dificultades de la integración de los jóvenes a las nor-

¹² Feixa, Carlés. *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel, Barcelona, 1999.

mas de la vida social. Y estamos hablando de la época del auge del Estado del Bienestar, que creaba las condiciones del crecimiento económico y la protección social de los sectores desfavorecidos.

Por otro lado, todos ellos se encuentran desde su iniciación laboral oscilando permanentemente entre la ocupación y el desempleo. Todos han vivido la experiencia de buscar trabajo y no conseguirlo, y reconocen la existencia de una situación social crítica: "He llenado solicitudes por todos lados, pero no, no hay nada... con todos los requisitos, todo, viste como es ahora... pero no. El problema es que no hay laburo, ese es el problema"¹³.

Pero, conjuntamente y ya en los años 60, la crisis de la familia producida por la transformación o mutación de los roles a su interior los hizo actores principales de una contracultura en las que diferentes formas de violencia estaban presentes. En efecto, los jóvenes fueron convocados por el mercado que les ofreció (y demandó) una necesidad de consumo en tanto los interpelaba como consumidores específicos con modas, hábitos, música, espacios de ocio o lúdicos, literatura, cine, televisión, etc.

*-y ahora qué van a hacer boludo?
·no sé
-lo que pinte?
·vamos a caminar por ahí
-a ver lo que sale
·vamos a ver, uno dobla por allá, otro por acá, un grupo por allá, otro grupo por acá, yo me voy donde sé que voy a ir
-ustedes dos van a ir juntos no saben?
·sí con otro más
-por dónde van a ir?*

13 Tonkonoff, Sergio. "Desviación, Diversidad e Ilegalismo: comportamientos juveniles en el Gran Buenos Aires" en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, n. 11/12. Bs. As., 1998.

·no sé, lejos, capital
-capital?
·qué vamos a andar acá nomás
·ves yo tengo estos dos cuchillos y llave del auto
·con esto hacen la llave del auto. Tenés auto vos?
-no no tengo auto, gracias a Dios no?
·no boludo porque si me decís yo te lo cuido
-con esos cuchillos me los vas a cuidar
·vos te cagás de risa, esto lo pasás a la piedra y te hacés
la estrada de cada color y cada puerta, la tenemos más
o menos viste?, pero abre y arranca, le hacés el molde
que vos quermés
-y cuánto te dan por cada auto?
·según el auto, te traes una chata 1500 pesos, una chata
es 1500 pesos, una Land Rover eso
-ah... una buena (Pegoraro-Tonkonoff, ob cit).

De tal manera en los últimos 20 años se ha instalado la temática de la “cuestión juvenil” con ciertas diferencias en relación a épocas precedentes; en aquellas se podía identificar un contexto que suponía una ecuación optimista: la sola evolución progresiva de la estructura social facilitaría la integración de los jóvenes a la vida social; *lo juvenil* sería el mero proceso de transición hacia la identificación de un determinado género, que no es exclusivamente la emancipación de la familia parental, sino la económica al insertarse en el proceso de trabajo y producirse la nueva identidad de trabajador superando la de joven.

Ya entrados los años 80, se produce un quiebre muy significativo en la cultura y hábitos juveniles, en especial por efectos del crecimiento del paro y como consecuencia de un efecto perverso del “tiempo libre” y la extensión de la adolescencia; la vida adulta “natural” se presenta lejana para amplias capas de jóvenes y así las dificultades de insertarse socialmente en el mercado laboral marcan un quiebre severo con todo lo anterior. Una expresión de esto es el alargamiento de la dependencia familiar

con sus efectos contaminantes a dicho entorno y así la postergación del paso a la vida adulta. Claro que los efectos en sociedades desarrolladas y en países como los de América Latina son muy distintos, en profundidad y extensión.

J ·sabés las veces que fui a laburar careta, con estos acá hicimos un quilombo acá atrás, tomando antibióticos. y esto fue la semana pasada, hice un quilombo tomando antibióticos...

S ·encima el gil casi me choca, me tiro marcha atrás, pum me hizo, me chocó el auto que yo andaba, cuando se volvió a pasarme por arriba, mas capito - le dije - pum!, pum! (hace el gesto de disparar un arma)

T ·le tiró un tiro, no sé, le apuntó al volante... no sé, le pegó por acá

S ·por acá con una 9 mm

-a quien?

T ·al que le íbamos a robar...

S ·no, al que me quiso matar. no es que le íbamos a robar, me quiso matar el gil, le pegó mal

-pero vos estabas en un auto y el en otro?

S ·si, y tiró marcha atrás, salió de adentro de una cas... así pum!, me chocó. y si yo no me corro me parte las dos gambas, hermano, mal!

T ·encima yo me bajo en la parte de atrás...

S ·pone primera y vuelve para adelante, cuando venía así le mando pum! pum! (hace el gesto de disparar un arma)

- y vos...?

S ·me fuí que me voy a quedar, a ver como muere el muerto...

T ·sabés como cortamos de toque...

N ·una vez, te acordás, cuando fuimos los tres

S él iba reborracho y nosotros estábamos re-pila

T ·y después dicen los borrachos...

*J · ustedes salieron gracias a mí ese día...
T y porque, si bajamos nosotros dos...
J · sí, pero salieron gracias a mí, quién consiguió el
auto para salir?
N · está bien vos, que sos el chico perfecto
T · pero está bien... acá estábamos hablándolo que
pasó, no para sacar el cuero
N · él quiere quedar mejor que todos
T · él tira pálidas...
J · ya te dije que es el más capito. Vení vamos allá vos y
yo...
T · estamos hablando joya... no quien es más que otro.
si de repente estamos todos juntos o no? (Pegoraro-
Tonkonoff, 2000)*

Pero aún así, podríamos generalizar que para los jóvenes, a partir de los años 80, el proceso socializador ha dejado de ser en gran medida la familia, la escuela o el trabajo y pasa a tomar cada vez mayor importancia la calle, los pares, y, por supuesto, los *mass media*.

Algunos indicadores empíricos de la situación marco de la Violencia Juvenil: trabajo, pobreza, escuela

En los jóvenes que componen la población juvenil popular del GBA se encuentran condiciones de vida similares. Con algunas mejoras limitadas, aunque significativas, en relación con sus padres¹⁴, han alcanzado algún nivel de educación formal, logrando incluso algunos iniciar la escuela secundaria. Sin embargo, en un contexto de credenciales educativas devaluadas y frente a un mercado laboral casi cerrado a sus posibilidades de inserción en él, la mayoría de estos jóvenes se encuentran actualmente desempleados o subempleados y, en caso de acceder a un empleo, se ven relegados a tareas de menor calificación y estabilidad que las de sus mayores.

¹⁴ En su mayoría migrantes de las provincias del interior del país, los hay también de países limítrofes.

Quadro 3.

Población Joven	Desocupados	No estudian ni trabajan	Son pobres
15 - 19 años = (3.297.147)	36,6 %	12,8%	40%
20 - 24 años = (3.361.270)	22,5%	14,7%	25,4 %
25 - 29 años = (2.817.652)	13,9	11,7%	27,2 %
15 - 29 años = (9.476.069)	21,6%	13,2 %	31,3 %

Fuente: Dirección Nacional de Juventud., 2000

La pertenencia de jóvenes a Hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI-INDEC) se asocia también a una baja tasa de escolaridad y altas tasas de deserción o analfabetismo. En mayo de 1997, el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza en el GBA fue del 24,8%, comprendiendo al 32,7% de las personas. En esa geografía, la proporción de niños de 13 a 18 años que no asisten a la escuela en el 20% de la población más pobre es 4,5%, superior a la del 20% de los hogares con mayores ingresos.

La inasistencia escolar y la salida prematura del sistema educativo obedecen, en muchos casos, a la disyuntiva que deben enfrentar los hogares de escasos recursos, entre educación y participación laboral. La situación se agrava cuando, *quienes se encuentran en la etapa de escolarización no sólo no asisten a la escuela, sino que tampoco se encuentran insertados laboralmente*. Tales condiciones inducen, por lo general, a la obtención de ingresos por otras vías fuera del mercado de trabajo, generadoras de los fenómenos de marginalidad e ilegalidad.

En ese orden y según datos correspondientes al año 1998, consignados en el Informe sobre Desarrollo Humano de la Pcia de BsAs del año 1999, *el 12,8% de los jóvenes comprendidos entre los 15 y 25 años, residentes en el GBA, no trabajaban ni estudiaban. Ello implica que existían, en 1998, más de 260.000 jóvenes excluidos de las principales instituciones de integración social.*

Surge de los relatos de los jóvenes una historia familiar (Tonkonoff, 2001) marcada por: a) la migración interna de padres en busca de mejores oportunidades, b) el establecimiento de éstos en el barrio, c) la obtención por parte del jefe de familia de un empleo largamente conservado, d) la posibilidad de acceso a la propia vivienda (en general mediante la compra del terreno y la construcción por medios propios).

Cada uno de estos hitos se presenta como irrepitable para estos jóvenes, para los cuales es impensable acceder a una casa propia, y ciertamente difícil obtener un empleo estable que posibilite alguna forma de seguridad y previsibilidad en relación a un proyecto de vida.

La imposibilidad de representarse el futuro (cualquier futuro) aparece en las entrevistas, casi tan notoriamente como la falta de expectativas sobre el “presente continuo” en el que habitan y en la presunción cierta que son los jóvenes-varones los que más identificados en las que consideramos estrategias de reproducción y su relación con la violencia.

En realidad, la inclusión de algunas jóvenes mujeres en el estudio buscó incorporar otras voces y otras miradas capaces de dar cuenta del lugar ocupado por las estrategias desarrolladas por “los jóvenes (varones) de las esquinas”. Ya que en el imaginario de un barrio y el problema de los jóvenes sólo se hace referencia a los varones, como si “jóvenes” sólo fueran los varones y desocupados ya que las mujeres jóvenes del barrio tienden a quedarse al cuidado del hogar familiar (paterno o propio). Como se ha señalado muchas veces, estas jóvenes siendo parte importante de una estrategia de reproducción familiar, especialmente en su etapa adolescente, deben cumplir con el cuidado de los hermanos menores y las tareas domésticas, posibilitando la salida al mercado laboral de otros integrantes de la familia. Se ven sustraídas así de la vida social en los espacios públicos, para la que los varones se encuentran disponibles. Estos últimos, en su mayoría solteros, si bien permanecen viviendo con los padres, mantienen margen de autonomía y movilidad bastante más amplio.

Las prácticas delictivas de jóvenes pertenecientes a sectores populares han pasado a ser, desde hace una década y en forma progresiva, una actividad cotidiana ligada a formas de supervivencia y, por lo tanto, difícilmente neutralizables con políticas de prevención que suponen una clave de inteligibilidad, la racionalidad de costo-beneficio; tampoco parecen suficientes invocaciones a la moral o la ética ciudadana en el escenario de una vida democrática, pero supeditada a la lógica mercantil. Recordemos que para los autores de la Escuela de Chicago la anomia era la causa principal de que en ciertas zonas de la ciudad reinara la desorganización social y el debilitamiento de los controles sociales (*El control de sí mismo*. Mead, 1935). Estudios posteriores identificaron la existencia de tradiciones culturales de distintas bandas, hasta que en la década de los 40 William F. Whyte realizó un importante trabajo en el cual estudió la existencia cotidiana de dos bandas en un barrio, una llamada "street corner boys" y otra los "college boys". La existencia de este tipo de pertenencia también está presente en nuestro país, pero en un contexto distinto:

- a Mario lo conocés vos?, ese que terminó... a él le metieron caño y le afanaron la bici... vino a reclamar la bici porque sabía quién la tenía, y le dijo que le de 50 pesos y le devolvía la bici. "Eh, loco, si la bici es mía"... (risas) Boludo, vos te cagás de risa... después le metieron caño, estaba amenazado, lo agarraron allá en la ruta, le dijeron que no se haga el loco porque lo iban a dar vuelta.

Los mismos pibes éstos... que lo conocen?

- sí, eran otros pero... es la misma historia...

que no se haga el loco, le dijeron... encima veníamos a gimnasia y pasaba un guacho con la bicicleta y decía "Mirá, ahí va mi bici"... y no podés hacer nada, porque si lo tenés que agarrar, lo tenés que dar vuelta, porque si le capturás la bici después te van a dar vuelta a vos.

- es un bajón...

- *los das vuelta vos o te dan vuelta a vos*
- *está re-pesada la mano*
- *por todos lados*
- *hay un guaso a la mañana que esta amenazado de muerte... le pegó un tiro a un pibe...*
- *eso fue un bardo mal...*
- *sí, pero eso por una mina* (Pegoraro-Tonkonoff, 2000).

La naturalidad con la que estos “otros” verbalizan estas situaciones hace que la dimensión del problema no pueda reducirse a problemas de anomia.

Es de señalar que, en los estudios de la Escuela de Chicago, lo que definía una “banda” era su solidaridad interna, un territorio, una tradición cultural distintiva y la naturaleza del grupo que no era prioritariamente delincuenciales mientras que estas ponen de manifiesto situaciones sociales, grupos sociales ligados por una sórdida realidad más que por una cuestión de elección cultural. La amenaza general al *american way of life* que importaban aquellas bandas, no estaba asociado a crisis económicas.

En las entrevistas realizadas, surge que la indiferencia por el otro, la no valorización de la vida y de sí mismo, la certeza de que no hay un proyecto accesible de inserción social, y paralelamente el “vivir la vida ahora y siempre” coloca a este sector de los jóvenes a merced de causas estructurales profundas, históricas y reales y no meramente conceptuales o abstractas y, en especial, a merced del sistema penal.

¿Se trata acaso de atribuir estas conductas a la naturaleza de la juventud o a una crisis del proyecto de vida social que mantiene y amplía la exclusión social, juntamente con imágenes de éxito fácil y de accesibilidad a satisfacciones por medios ilegítimos si se pertenece a los sectores sociales altos? Pretender que los jóvenes cumplan con las leyes morales que predicen sectores sociales que participan, activa o pasivamente en grandes empresas y negocios ilegales, es extremadamente contradictorio y sus resultados están a la vista. En el campo de la comprensión de estas conductas, debe

prestarse atención a los aspectos simbólicos de estas violencias juveniles para desterrar propuestas moralizantes que demonizan a estos jóvenes y los ven como el mal de la sociedad (Baratta, 1982) en el sentido que, sin estas conductas la sociedad sería un modelo de vida, tal como lo suponían los *patólogos sociales* de la Escuela de Chicago (Ch.W.Mills, 1976).

No se trata de hacer una apología de estas conductas juveniles sino que estas descripciones deben integrarse a la crisis de la familia, de la escuela y de una sociedad hipócrita que no se cuestiona el proyecto social que pone en acto, y que *produce* estos jóvenes y los transforma en chivos expiatorios donde colocar todos los males sociales, inmolando a cierta categoría de humanos a fin de proteger otras categorías (Girard, 1995). En efecto, lo que caracteriza la sociedad moderna, en especial en los países del tercer mundo, es la *violencia intestina* y el sacrificio de ciertas categorías humanas que restaura una imaginaria armonía social, reforzando la unidad social.

Este sacrificio del que hablamos incluye en la historia víctimas heterogéneas: aparecen los prisioneros de guerra, los esclavos, los niños y los adolescentes solteros, aparecen los individuos tarados, los desechos de la sociedad, como el pharmakos griego¹⁵.

Siguiendo ideas de René Girard, las formas de la violencia en la que participan estos jóvenes estaría indicando una *"crisis sacrificial"* esto es, la *pérdida del sacrificio, es pérdida de la diferencia entre violencia impura y violencia purificadora* (Girard, 1995, p. 56). ¿Qué quiere decir esto en relación a la violencia juvenil? Que si no se puede distinguir esta violencia de la violencia social, en especial de la violencia de las instituciones que precisamente deberían establecer la diferencia *"haciendo justicia"* (policía-magistratura-servicio penitenciario), sumando a la violencia que desarrolla este modelo de sociedad y que se expresa en la crisis de la familia, de la escuela, del trabajo, de la salud, transitamos en una sociedad envuelta en

¹⁵ Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama, 1995, p. 19.

una crisis sacrificial como *crisis de las diferencias*, es decir del orden cultural en su conjunto. Dice Girard:

En efecto, este orden cultural no es otra cosa que un sistema organizado de diferencias; son las distancias diferenciales las que proporcionan a los individuos su "identidad", y les permite situarse a unos en relación con los otros.

Creo así que estas conductas quieren decir algo más que simplemente una aberración moral y una insensibilidad personal. El estereotipo de Naranja Mecánica debe ser medido o comparado en la actualidad con la película *Pizza Birra y Faso* (Agresti), que se podría haber filmado en París, o con *El Odio* (Kassovitz) que bien podría haberse filmado en Buenos Aires.

·Guacho la viste pasar a la gorda, está todo mal, a esa gorda la voy a achurar, no me entiende, no me quiere entender

·El loco de las mujeres

·Otro día que venís hablamos así más pasivo, viste? es que ahora estamos medios... venimos de laburar

_ Vienen de laburar?

·Claro, y cuando laburamos, tomamos

·Yo la última vez que me agarraron, me agarraron con un 106, me mataron a palos todo, trasca habíamos tenido una fiesta y me tuvieron del viernes hasta el domingo

_ Que lo estaban buscando, ustedes estaban arriba...?

·No, no estábamos arriba, estábamos Anselmo y este pibe, el Carlos, justo le raya a un jugador de la primera no sé qué, todo mal

_ Le raya qué?

·Bueno, cuando le viene toda la policía al auto, ya estaba con una minita arriba, yo estaba con mi minita, ya la íbamos a poner toda y cuando estamos así, el chabón se sube, la arranca y yo veo que, en un momento la policía ahí, y yo crucé la ruta 3 así sin mirar y lo saqué sin mirar (Pegoraro-Tonkonoff. 2000).

El consumo de drogas también los involucra, no sin implicar también una preocupación; tanto por el consumo como por tráfico, como un medio de vida precario, peligroso y ligado a sectores inmunes o impunes como las instituciones represivas que participan en el negocio.

Vos no tomás más no? milonga.....
-No, se me dio vuelta un amigo, me quedé así y me cagó la vida, sabés cuántos se dan vuelta
-Sí, pero el se dio vuelta y yo lo miraba, ahora el sigue tomando...
·Toma igual
·Pandorga también se dio vuelta
-Se dio vuelta, Pajarito? En serio ?
·Loco que no me creés, me dijo él.
-Sí te creo, pero a mí no me dijo nada
·Sí no te dijo nada por algo es, no le digás nada
-no, no le voy a decir
·pero me dijo no, no tomo más
-pero sigue tomando
·sí después vino un par de veces, "loco vamos a tomar merca. No que no tomabas más?"
-y ahora dónde compran?
·acá, al Nino
-y a los Cariocas
·a los Cariocas acá nomás (Pegoraro-Tonkonoff, 2000).

Es interesante señalar no solo los aspectos simbólicos de la violencia juvenil de estos grupos sino también los rituales de resistencia como fuera, por ejemplo, el entierro de "Sopapita", en Villa Lugano, a mitad de la década de los 90. Este era el apodo de un joven baleado y muerto por la policía; en su entierro sus compañeros realizaron una ceremonia-homenaje-ritual y en el medio de exhibición de armas y tiros al aire le colocaron un cigarrillo de marihuana en la boca y una botella de cerveza. No es sorprendente que esto forme parte de la cultura de jóvenes excluidos y marginados en otros países de América Latina; por ej. Alonso Salazar cuenta que

se han hecho célebres los entierros de algunos fuertes de bandas donde se mezcla la tristeza y carnaval. Como el del Flaco, a quién los compañeros tuvieron cuatro días en velación, tomando aguardiente, soplando y oyendo la música que a él le gustaba. Lo pasearon por las esquinas de su barrio y le pusieron salsa en el misa. Al Negro lo acompañaron los amigos hasta el cementerio con un mariachi. Al momento de descender el ataúd a la tumba interpretaron "Pero sigo siendo el rey" y soltaron tiros. A cartón la gallada le bailó el velorio y le repitieron hasta el cansancio su canción preferida: "Siempre alegre"¹⁶.

Tribus, bandas, barras, guetos sociales

En el campo de las ciencias sociales, la violencia juvenil ha sido abordada con la intención de dar una explicación a las acciones violentas "no utilitarias", casi podríamos decir la violencia por la violencia misma y asociando la misma a una etapa de la vida, a la insatisfacción genérica, a la búsqueda de una identidad, a una similitud racial, a la adscripción a un estilo de vida, de música, de vestimenta, y a identificarse como contrario de otra banda, gang, pandilla, consideradas diferentes; con esta impronta se han desarrollado las investigaciones, en especial norteamericanas, tratando de dar cuenta de la especificidad de las "Youth Gangs, o de las "Street Corner" y explicarse la recurrencia de sus miembros a una violencia generalmente no utilitaria o lucrativa, por lo menos desde la década de los 20. Pero, con la crisis del Welfare, en los 80 y 90, con la refuncionalización de las políticas del Estado (Rose, 1990; O'Mahley, 1997; de Marinis, 1998; Sozzo, 1999) y el recorte de políticas sociales, el problema de la violencia juvenil empezó a considerarse un problema de "seguridad ciudadana".

Esto ha implicado que, en la agenda de las políticas públicas, la cuestión de la violencia juvenil esté ahora asociada a la Seguridad Ciudadana, y es desde ella que se pretende enfrentar el problema.

¹⁶ *Ob cit.*, p. 203.

Sociologías, Porto Alegre, ano 4, nº 8, jul/dez 2002, p. 276-317

Y... Yo empecé la secundaria, acá en el colegio cerca de la estación... hice dos veces primer año, tres veces segundo año, y después me cansé. Además, ya me decían en casa, y en el colegio, que qué iba a hacer... y después dejé...

Empecé a trabajar a los 15 años, mientras iba al colegio... trabajé en una imprenta primero, ahí aprendí mucho... después en un taller metalúrgico, como dos años... Después cuando dejé el taller... empecé en una fábrica... (Pegoraro-Tonkonoff, 2000).

En los países desarrollados todavía muchos estudios siguen considerando la violencia juvenil como un problema de la existencia de bandas de jóvenes y para ello abundan principalmente en explicaciones acerca de la personalidad de los menores, de su etapa de vida, de sus gustos, preferencias, atuendos, modas, recorridos. Claro que este tema no es menor en importancia que otros, ya que, según Irving A. Spergel¹⁷, en 1990 en el 30% y el 10% de los homicidios en las ciudades de Los Angeles y Chicago, respectivamente están involucradas bandas de jóvenes y, por lo tanto, los "youth gang" son un problema no menor.

"Me tenía que tomar el colectivo a las cinco y veinte de la mañana, después me bajaba de ese y me tomaba otro hasta la estación del tren... Así que me levantaba a las cinco de la mañana para llegar al laburo a las siete y media de la mañana.

Después, tenía que trabajar hasta las tres de la tarde, y después hacer horas extras hasta las seis... Tenía que hacer horas extras para ganarme el puesto, porque había un montón que habían entrado como yo y no íbamos a quedar todos, ¿entendés?"...

¹⁷ Maguire Mike (Ed.). *Street Crime*, Dartmouth, England, 1996, y en particular el art. de Irving A. Spergel de la Universidad de Chicago.

“Ahí el capataz que tenía era un vigilante... Y el laburo era agachar la cabeza y darle... Todo el día cargando fierros... era terrible” (Pegoraro-Tonkonoff, 2000).

Sobre la grupalidad hay pocas dudas: su generalización en las sociedades occidentales - incluso ampliable a otro tipo de sociedades - especialmente en los períodos de adolescencia y juventud, nos muestra como algo cotidiano la presencia de pandillas, cuadrillas, bandas, subculturas, peñas o simplemente grupos¹⁸.

Los autores dedicados a esta temática (así como funcionarios y políticos) tratan de probar la existencia de variables causales, como los niveles de pobreza y degradación social del entorno socio-cultural, movimientos populares contestarios, situaciones ambientales que favorecen el delito, como la degradación del medio ambiente¹⁹, tamaño de las ciudades, pertenencia a las clases bajas o populares, desorganización social, la incapacidad de internalizar los valores éticos de la sociedad por parte de instituciones, como la familia o la escuela, la cultura o subcultura de las bandas, la presencia de inmigrantes - especialmente fronterizos - y también la identidad de los pequeños grupos, así como ciertos factores psicológicos o de personalidad de los jóvenes, como la destructividad, versatilidad, deleite, negativismo global que caracterizan esta subcultura juvenil violenta y en muchos casos delictiva (Cohen, 1955). Sin embargo, el concepto de *anomia* sigue siendo una matriz a la que se recurre frecuentemente. Merton sostenía, en su trabajo de 1938, que tales conductas desviadas, en realidad responden de manera adaptativa a la tensión de la realidad social, tensión producida por una “estructura cultural” trasmisora de valores y metas sociales “por las cuales

18 Fernandez Villanueva, C. (Ed.) *Jóvenes violentos. Causas psicológicas de la violencia en grupo*. Barcelona: Icaria, 1998, p. 348.

19 En este sentido no puede omitirse, por la publicidad que ha tenido, *Fixing Broken Windows. Restoring Order and Reducing Crime in Our Communities* de George L. Kelling y Catherine M. Coles. Touchstone, N.Y. 1997, aunque este libro es un desarrollo más amplio que el art. «Broken Windows» de James Q. Wilson y George L. Kelling, publicado en *The Atlantic Monthly*, marzo de 1982.

vale la pena luchar y triunfar" y por una estructura social que dispone de limitados medios para alcanzar tales metas. Un discurso igualitario y meritocrático y una estructura limitativa de los medios para realizarlos, éste fue el concepto de anomia que definiera Merton y que señalaba a la estructura social como la real generadora de las conductas desviadas. En suma, se podría decir que dos enfoques convencionales se disputan la interpretación acerca de las conductas desviadas, incluyendo a la violencia juvenil: por un lado un enfoque estructural y por otro uno cultural; en relación al enfoque estructural, ubica en las clases populares y pobres una carencia de bienes materiales que se expresa en la pobreza, la desigualdad, la marginación, la exclusión, el desempleo y, por lo tanto, esta carencia de bienes materiales les lleva a cometer delitos. *"Salimos un día con 'toñito' (otro miembro del grupo) a dar una vuelta, a la noche... en eso vemos un auto estacionado y le digo al negro: 'Ya le hacemos el estéreo'... le metí un roscazo a la ventanilla, y a los treinta segundos, no sé de donde, salió un cana..."* (Rojas, 2000).

El enfoque cultural explica la conducta desviada como expresión de deficiencias en los individuos para incorporar los valores sociales (Murray, 1992), en síntesis, una falta de socialización que también la puede producir la familia o la escuela como instituciones socializadoras por excelencia; aquí también se puede incluir las argumentaciones acerca de ciertos valores contradictorios en la propia sociedad, por lo cual estas dos líneas de explicaciones no son excluyentes una de otra; otras explicaciones recurren a la ausencia de una moral social respetuosa de la ley (ya sea por condiciones estructurales o culturales) y cierta frustración de consumo, y por otra lado la desorganización social (Spergel, 1996).

La contingencia institucional

También es necesario considerar el tema de la *contingencia* que caracteriza la relación entre las instituciones de control y la conducta de los jóvenes; ésta debe ser considerada tanto en la identificación y relevamiento

del problema, como el proceso por el cual en ciertas situaciones a una variedad de conductas de los jóvenes se les impone el significado de violento y, como consecuencia de ello, ser “tocados” por las instituciones de control social penal.

Hizo unas aclaraciones. Sabe que lo que hace está mal, pero su papá le enseñó algo que lo ha ayudado a sobrevivir. A él y a su familia. Soy sexta generación de chorros: es nuestro rubro familiar. El difícil decirlo pero así como un hijo sigue la carrera de su padre y después siente que le debe mucho, yo seguí la que me tocó. Estoy orgulloso de mi papá. Le debo mucho (Rojas, p. 232).

En tal sentido, si una determinada conducta de un adolescente es definida como violenta, lo que lo conduce a ser tratado por instituciones (públicas o privadas, asistenciales, judiciales, de apoyo, de recuperación, de salud, etc.) depende de contingencias como el discernimiento de los agentes que lo trataron, del informe ambiental y de la disponibilidad de datos “biográficos” del menor, de la apreciación del ambiente moral de su familia, de los reclamos en su caso de la víctima, de la inclinación de los jueces y de las concepciones terapéuticas de agentes de vigilancia y asistentes sociales.

Existe así el problema de la *interacción institucional* en la consideración de la Violencia Juvenil, ya que en la sociedad moderna, la diferencia socialmente significativa entre joven violento y joven no violento depende cada vez más de circunstancias contingentes, de situación, de lugar, de antecedentes sociales y personales y de las formas que las agencias de control social definen el problema y, aún más, también de la “capacidad de negociación” del menor en el acto situado (Becker, 1972) y qué persona o qué clase de funcionario dentro de la Institución “atiende” el problema. En casi todos los casos²⁰, depende del particular criterio de la persona que

²⁰ Entrevistas a Informantes clave de Juzgados de Menores.

define y pondera que el joven-menor pase a ser considerado o tratado en el ámbito asistencia o en el ámbito penal (Pavarini y Mosconi, 1998; Loureau, 1990; De Leo, 1985; Guemureman, 1996; Daroqui, 1992; Rangugni, 1999).

Ana tiene siete hijos. Su primer marido, el papá de Juan y T. Rodrigo estuvo preso catorce años, era mecánico y alcohólico. El segundo con el que tuvo a Diego le pegaba a ella y a los tres varones. Hace cuatro años una vecina del barrio le golpeó la puerta a los gritos ¿viste a quién mataron? A José, al papá de Diego. Ana no la dejó seguir. Seguro que fue la Brigada de San Justo, dijo. Uno de los jefes me había dicho en ésta misma cocina: si lo agarro a su marido lo mato. José siempre estaba fugado. Apareció abajo del puente Páccifico todo desfigurado, pero lo velaron a cajón descubierto y nos esperaron a Dieguito y a mí para cerrarlo. Con el calor que hacía (Rojas, 2000, p. 70).

Es necesario, al considerar el tema de la violencia juvenil, desechar la idea de la existencia de “estados iniciales” por un lado, y “resultados” por el otro. De tal manera, es necesario considerar *los procesos* mediante los cuales se construyen, elaboran y transforman estructuras complejas de acción; en suma utilizar la idea de que hay una historia del acto “desviado” o violento en el que participa un joven y que éste (el acto desviado y/o violento) es la historia de un *proceso de interacción* y en gran parte de interacción con estructuras o instituciones. Los antecedentes de los actos son una secuencia de actos en los que han intervenido varios actores (Barthes, 1976; Becker, 1972; Clinnard, 1966; Goffman, 1982).

Cuando Jonathan habla de tiros, la Basquito frunce la cara. Yo tiros encima no tengo, pero ya van dos veces que me salvo de los tiros. Y las dos veces fueron tiros de la policía. Ninguna por robar. La primera fue porque estábamos arreglando la venta de coca en la villa. Por-

que los policías toman cocaína y quieren el negocio para ellos. Todos de la Comisaría 21. Fue así, estábamos en la parada del colectivo y dos policías nos empiezan a seguir y como corríamos mucho desde la villa empezaron a dispararnos hasta que nos agarraron y nos sacaron la bolsita con la merca. Nos quedó claro que nos teníamos que dedicar a otra cosa (Rojas, p. 224).

En suma, la respuesta del “otro” puede dar como resultado cerrar o abrir las oportunidades al joven de otros comportamientos, legales o ilegales y considerar esto como prioritario debe definir el tipo de intervención por parte de los poderes públicos. Esto obviamente, en la actualidad, no es así.

Quadro 4. Presuntos delincuentes muertos por la Policía Federal y por la Policía Bonaerense en Ciudad y Conurbano de la Ciudad de Buenos Aires.

Años	1996	1997	1998	1999	2000	2001
Heridos por Policía Federal	67	94	76	64	103	278
Heridos por Policía Bonaerense	84	97	118	134	145	148
TOTAL Heridos	154	191	184	198	248	426
Muertos por Policía Federal	66	58	78	118	145	125
Muertos por Policía Bonaerense	86	92	85	139	134	136
TOTAL Muertos	152	160	163	157	279	261

Fuente: Informes anuales del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Como se puede ver, la política represiva-policial aumentó considerablemente en los seis último años, en el Gran Buenos Aires.

A manera de conclusión

Las “villas miserias”, tanto de la ciudad como del Gran Buenos Aires o de su conurbano, son un territorio desamparado hacia el exterior y desamparado hacia adentro (por su estructura edilicia precaria y la falta de servicios) habitadas por desocupados y desesperados sociales. Los habitantes de las villas han perdido su identidad al perder su trabajo, dejando de ser un trabajador pobre para ser un desocupado indigente; en tales condiciones la

socialización de los jóvenes se desarrolla en un medio caracterizado por la desocupación y la degradación; los reclamos de la falta de socialización para explicar la forma de vida ligada al delito que llevan muchos de ellos es, por un lado un reclamo o una queja abstracta, sino que es otra socialización. La socialización que se invoca desde el *establishment* es producto de un pensamiento entre naif e hipócrita que apela a la moral, a la ley y al respeto a la propiedad.

Pero además, esta situación de miseria y degradación promueve la victimización al interior de la propia villa. Para decirlo muy claro: los pobres se victimizan entre ellos. Y esto es un problema adicional en el seno de las villas.

El cuadro siguiente nos muestra el crecimiento de los habitantes de villas miserias, en la ciudad de Buenos Aires.

Quadro 5. Habitantes en villas miserias en la Ciudad de Buenos Aires

Años	1980	1991	2001
Habitantes	37.010	52.608	108.056

Fuente: Secretaría de la Vivienda-Ciudad de Buenos Aires

Este proceso de crecimiento de las villas ha sido acompañado por lo que Wacquant (2001) llama “despacificación, desdiferenciación e informalización” refiriéndose a los guetos urbanos de EEUU. Así se ha producido la transformación de esos espacios urbanos en una nueva formación socioespacial, producto del abandono del estado y de una progresiva degradación de lo urbano en cuanto a desprotección, aislamiento, incomunicación con el mundo, producido por el crecimiento de la miseria y la indigencia, la desocupación y la degradación moral que si bien se generalizan en la ciudad, se potencian y multiplican en los barrios o zonas del conurbano. Por ejemplo, la despacificación de la vida cotidiana por la infiltración de la violencia, ligada a formas de supervivencia ilegales en el

entramado social; la desdiferenciación social producida por la pérdida de la identidad laboral, la disolución que esto produce en los hogares, el deterioro del hábitat que produce, además, el deterioro de las redes sociales de solidaridad, tanto civiles y religiosas y aún las comerciales basadas en la confianza y también de las instituciones públicas, como escuelas, salud, centros asistenciales. Otra característica actual de las villas, tanto en la ciudad como en el conurbano, es el crecimiento de una economía informal, tanto legal como ilegal (sus límites siempre son imprecisos) que pasa por el trabajo a domicilio en condiciones precarias, la venta ambulante, el tráfico de drogas, armas, repuestos de automóvil y de otras varias actividades ilegales que se han constituido en alternativas de vida frente al escaso o inexistente trabajo asalariado que ha dejado de ser el anclaje principal de sus estrategias de vida. Es de señalar que estas estrategias de supervivencia son, necesariamente, compartidas o toleradas o asociadas con autoridades policiales.

A nivel de todo el país y considerando la franja de 15 a 24 años, un total de 1.650.000 jóvenes no trabajan ni estudian.

Así, el fenómeno social que enmarca la violencia juvenil en la sociedad moderna es la exclusión social y a su vez la inclusión cultural, tanto material como simbólica, la falta de trabajo y la no retención escolar por un lado, y la difusión en ellos de la necesidad de tener y disfrutar de objetos, en especial ropas y modos de vida que “humanizan” socialmente a los jóvenes-sujetos; como diría Jock Young (2001), una sociedad que practica el “canibalismo y la bulimia”. Ante la imposibilidad de socializarse en la escuela o el trabajo se socializan en una sobrevivencia peligrosa, amenazadoramente mortal como es el mundo de la ilegalidad que mezclan, ocasionalmente, con sus trabajos temporarios, mal pagados y precarios.

La idea de transcribir de manera intersticial las entrevistas de jóvenes ha tenido como objeto insertar una parte esencial de la realidad en la interpretación del fenómeno de la creciente violencia juvenil; estos “sucios,

feos y malos”²¹ son el resultado de la política de exclusión que va mostrando de manera creciente las consecuencias: miles de jóvenes que vienen cayendo como en un tobogán que implica la actual política de desigualdad y exclusión, una política cuyo resultado es una sociedad que excluye por lo menos a dos tercios de ella. Los que no trabajan y estudian son el resultado, el producto, el final de la carrera de estos jóvenes que no son producto de patologías individuales y que no nacieron sucios, feos y malos. Esta violencia juvenil es cualitativamente distinta a la ejercida antes del auge de las políticas neoliberales en estas sociedades posfordistas, posindustriales, una violencia no explicada en las descripciones de los *street corner* y por ello ese “concepto” ya no sirve para analizar esta violencia; la sociedad tal cual es empuja a un millón seiscientos mil jóvenes a transformarse en “sucios, feos y malos” ya que excluidos socialmente e incluidos culturalmente, ¿qué otra alternativa tienen? Y entonces, ¿para qué puede servir el sistema penal en estos casos? ¿qué invocación ética contiene la ley que los encarcela? ¿qué capacidad tiene la ley para disuadir y prevenir conductas delictivas?; en suma, un Sistema Penal neutralizado por las políticas económicas.

Hemos satisfecho el reclamo de esa voz que reclamaba Alonso Salazar. Mostramos que el fenómeno de la violencia juvenil en la sociedad actual excede ampliamente el marco jurídico-penal que no puede explicarlo ni resolverlo. Por un lado, la vida social de los jóvenes y, por otro, la política de las instituciones de control social penal. Esta violencia delictiva juvenil forma parte de la sociedad posindustrial y de las estrategias de sobrevivencia de sectores excluidos de los principales mecanismos de socialización-integración como la escuela y el trabajo.

21 Es una referencia a la película italiana “Bruti, sporci y cativi” de Ettore Scola.

Referencias

- ARLACHI, Pino. **La mafia imprendetricce**. Bologna: Il Mulino, 1982.
- BARATTA, Alessandro. **Criminología Crítica y crítica del Derecho Penal**. México: Siglo XXI Editores, 1982.
- BECKER, Howard. **Los extraños**. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972.
- BENJAMIN, Walter. **Reflexiones sobre la violencia**. 1978.
- BOBBIO, Norberto. **El futuro de la democracia**. Buenos Aires: Paidós, 1985.
- CASTEL, Robert. **Las metamorfosis de la cuestión social**. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- COHEN, Stanely. **Visiones del Control Social**. Barcelona: PPU, 1955.
- COSTA, Pere-Oriol; TORNERO J. M. Pérez y TROPEA, Fabio. **Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia**. Barcelona: Paidós, 1997.
- DAROQUI, Alcitra Y Silvia Guemureman. **La niñez ajusticiada**. Buenos Aires: Ed. del Puerto, 2001.
- DE LEO, Gaetano. **La Justicia de menores**. Barcelona: Ed. Teide, 1981.
- DURKHEIM, Emile. **Las reglas del método sociológico**. Buenos Aires: La Pleyade, 1976.
- DURKHEIM, Emile. **La división del trabajo social**. España: Planeta Agostini, 1993.
- DURKHEIM, Emile. Evolución de dos leyes penales. En: **Delito y Sociedad**. Revista de Ciencias Sociales, Nº. 13. Buenos Aires, 1999.
- ELIAS, Norbert. **El proceso civilizatorio**. México: F.C.E., 1986.
- EYSENK, H. J. **La desigualdad del hombre**. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
- FERRAJOLI, Luigi. **Derecho y razón**. Madrid: Trotta, 1992.

Sociologías, Porto Alegre, ano 4, nº 8, jul/dez 2002, p. 276-317

- FEIXA, Carlés. **De jóvenes, bandas y tribus**. Barcelona: Ariel, 1999.
- FOUCAULT, Michel. **Vigilar y castigar**. México: Siglo XXI Ed., 1976.
- FOUCAULT, Michel. **Genealogía del racismo**. Madrid: Ed. de La Piqueta, 1992.
- FREUD, Sigmund. **El malestar en la cultura**. México: Siglo XXI Ed., 1976.
- GOFFMAN, Irving. **Internados**. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1982.
- GOULDNER, Alvin. **La crisis de la Sociología Occidental**. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1973.
- HOBBS, Tomas. **Leviatan**. México: F.C.E., 1980.
- HELLER, Herman. **Teoría del Estado**. México: F.C.E., 1967.
- GIRARD, René. **La violencia y lo sagrado**. Barcelona: Anagrama, 1995.
- GUEMUREMAN, Silvia. Las representaciones del delito. En: **Materiales de la Cátedra Delito y Sociedad**. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales UBA, 1999.
- GUEMUREMAN, Silvia. Aportes para una reflexión acerca de la violencia perpetrada contra los niños, niñas y adolescentes. En: **Derechos Humanos y Violencia Social**. Buenos Aires: Inés Izaguirre Compiladora, Ediciones EUDEBA, 1998.
- GUEMUREMAN, Silvia. Los menores de hoy, de ayer y de siempre. Un recorrido histórico desde una perspectiva crítica. En: **Revista Delito y Sociedad**, Nº 13, Buenos Aires, 1999.
- GUEMUREMAN, Silvia y DAROQUI, Alcira. **La niñez ajusticiada**. Buenos Aires: Ediciones del Puerto, 2001.
- HOBBSBAWM, Eric. **El Siglo XX**. Buenos Aires: Paidós, 1995.
- JAMES Q., Wilson y KELLING, George L. Broken Windows. En: **The Atlantic Monthly**, marzo de 1982.
- KELLING, George L. y COLES, Catherine M. **Fixing broken windows. Restoring order and reducing crime in our communities**. N. Y: Touchstone, 1997.

LEMERT, Edwin. Estructura social, control social y desviación. En: **Anomia y conducta desviada**. Marshall B. Clinard (Comp.). Buenos Aires: Paidós, 1967.

MARCUS, Michel. El delito y los modos de regulación de los conflictos urbanos. En: Elías Carranza (Coord.). **Delito y seguridad de los habitantes**. México: Ed. Siglo XXI, 1997.

MATZA, David. **El proceso de desviación**. Madrid: Taurus, 1981.

MAFFESOLI, Michel. **El tiempo de las tribus**. Barcelona: Icaria, 1990.

MERTON, Robert K. **Teoría y estructura social**. México: F.C.E., 1974.

MELOSSI, Dario. **El Estado del Control Social**. México: Ed. Siglo XXI, 1992.

MILLS, Ch.W. La ideología profesional de los patólogos sociales. En: **Poder, política y pueblo**. México: F.C.E., 1964.

MURRAY, Charles y HERRNSTEIN, Richard. **The bell curve**. New York: Simon & Schuster, 1996.

NILS, Christie. **La industria del delito**. Buenos Aires: Ed. del Puerto, 1975.

PAVARINI, Massimo. El nuevo mundo del control social. En: **Cuadernos de Posgrado**. Fac.Cs.Soc.-CBC-UBA, 1995.

PEGORARO, Juan. Las relaciones sociedad-estado y el paradigma de la inseguridad. En: Delito y Sociedad. **Revista de Ciencias Sociales**, n. 9/10, Buenos Aires, 1997.

PEGORARO, Juan. Violencia delictiva, inseguridad urbana: la construcción social de la inseguridad ciudadana. **Revista Nueva Sociedad**, n. 167, Caracas, Venezuela, 2000.

PEGORARO, Juan. La ley y el orden: control social penal. En: **Encrucijadas. Revista de la Universidad de Buenos Aires**, n. 11, 2001.

PEGORARO, Juan. Inseguridad y violencia en el marco del control social. En: **Espacio Abierto**, Vol 10. Nº 3, julio-setiembre, Venezuela, 2001.

PEGORARO, J. y TONKONOFF, S. **La violencia juvenil y los jóvenes de la esquina: una aproximación cualitativa** (Inédito). Buenos Aires, 2001.

Sociologias, Porto Alegre, ano 4, nº 8, jul/dez 2002, p. 276-317

PHILIPPE, Ariès. **Historia de la vida privada**. Barcelona: Taurus, 1973.

RANGUGNI, Victoria. Cárcel y derechos humanos: Espacios, estrategias y nuevas formas de resistencia. En: **Justicia y Derechos Humanos, editado por el Departamento Dignidad Humana del CEAS (Comisión Episcopal de Acción Social) de Perú**. Lima: 2000.

RESTA, Eligio. **La certeza y la esperanza**. Buenos Aires: Paidós, 1995.

ROJAS, Patricia. **Los pibes del fondo**. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2000.

REGUILLO CRUZ, Rossana. **Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles**. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2000.

ROSE, Nikolas. El gobierno en las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo. En: **Archipiélago**, n. 29, 1997.

SALAZAR, Alonso. **No nacimos pa semilla**. Bogotá: CINEP, 1990.

SOZZO, Máximo. Sistema de Justicia Penal, Selectividad y Loco-Criminal en la ciudad de Santa Fe. En: **Delito y Sociedad**, Revista de Ciencias Sociales, n. 6/7, Buenos Aires, 1995.

SOZZO, Máximo. Control Social y Intersección Institucional Psiquiatría-Justicia Penal. En: T. Picono y E. Bodelón: **Transformaciones del Estado y del Derecho Contemporáneos**. Madrid: Dykinson, 1998.

SPERGEL, Inving. En: Maguire, Mike (Ed.). **Street crime**. England: Dartmouth, 1996.

TAVARES DOS SANTOS, J. V. Por uma sociologia da conflitualidade no tempo da globalização. En: **Violência em tempo de globalização**. J. V. Tavares dos Santos (Org.). São Paulo: Ed. Hucitec, 1999.

TONKONOFF, Sergio. Desviación, diversidad e ilegalismos. Comportamientos juveniles en el Gran BuenosAires. En: **Delito y sociedad**. Revista de Ciencias Sociales, n. 11/12 Buenos Aires, 1998.

TONKONOFF, Sergio. Meter caño. Jóvenes populares urbanos: entre la exclusión y el delito. En: **Delito y sociedad**. Revista de Ciencias Sociales, n. 15/16, Buenos Aires, 2001.

VILLANUEVA, Fernandez y CONCEPCIÓN (Ed). **Jóvenes Violentos. Causas psicológicas de la violencia en grupo**. Barcelona: Icaria, 1998.

WACQUANT, Löis. **Las cárceles de la miseria**. Buenos Aires: Manantial, 2000.

WACQUANT, Löis. **Parias urbanos**. Buenos Aires: Manantial, 2001.

WEBER, Max. **Economía y sociedad**. México: F.C.E., 1974.

YOUNG, Jock. Canibalismo y bulimia: patrones de control social en la modernidad tardía. En: **Delito y Sociedad**. Revista de Ciencias Sociales, n. 15/16, Buenos Aires, 2001.

Resumen

El artículo presenta una descripción-explicación del crecimiento de la violencia juvenil asociada al delito y aspectos de la exclusión-degradación de las formas de sobrevivencia social. La argumentación se nutre de elementos antropológicos de la vida de los jóvenes que han sido excluidos socialmente e incluidos culturalmente en una economía de mercado y por lo tanto de consumos diversos, materiales y simbólicos. Por lo tanto el fenómeno de la violencia juvenil no puede ser reducido a un esquema jurídico-penal incapaz de resolver la problemática social en el que aparece en los últimos años del siglo XX y en estos inicios del XXI.

Palabras-claves: violencia juvenil, delito, ilegalidad, exclusión.